

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Conocí un obispo que, casi siempre, en la eucaristía de la confirmación preguntaba a catequistas y catecúmenos los dones del Espíritu Santo. Basta un poco de imaginación para pensar que, con los nervios del momento, siempre se escapaban algunos. Mucho más problemático es cuando se nos escapan en la vida ya que sin la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas somos solamente la sombra de lo que estamos llamados a ser.

Hablar de dones del Espíritu Santo es hablar de su acción en nosotros, del cristiano vivo, ardiente y encendido en el Espíritu que el Resucitado nos donó desde su cruz cuando entregó su Espíritu.

La reflexión sobre los dones se basa en el capítulo 11 del profeta Isaías en el que leemos: “Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará.

Reposará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé.

Y le inspirará en el temor de Yahvé. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado.

Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos.

Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá.

La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano.

Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas el mar.”

En el texto se distinguen dos partes una que describe el vástago de Jesé, lleno del Espíritu del Señor, de cualidades, virtudes y juicios justos (1-5) y otra (6-9) en la que contemplamos los efectos de este gobierno justo y prudente que se irradia sobre la naturaleza animal e inanimada. Un poema que se refiere al Mesías que tenía que venir.

Resonancias.

En el trasfondo resuenan otros pasajes de la Escritura

- La profecía de Batán en la que Yahvé anuncia a David que le edificará una casa y afirmará su descendencia consolidando el trono de su realeza (2Sam 7,11-12). Todos los textos mesiánicos se relacionan con esta promesa fundamental de un descendiente de David.

- Un poco anterior es el pasaje de Ezequiel: “Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David: él las apacentará y será su pastor. Concluiré con ellos una alianza de paz, haré desaparecer de esta tierra las

bestias feroces. Habitarán en seguridad en el desierto y dormirán en los bosques. (34,23.25). Se presenta la figura del Pastor y la paz que se deriva de Él.

- Hay otros textos que nos hablan del origen del rey: Is 7,14: el Dios-con-nosotros el Emmanuel; Is 9,5: un niño que se llamará “maravilla de consejero, Dios fuerte, siempre padre, príncipe de paz; Zac 6,12-13: un germen que reconstruirá el templo y dominará en su trono; Jer 23.33: un germen de David que será un rey prudente que practicará el derecho y la justicia.

El rey ideal.

En este rey es Dios mismo el que actúa ya que “Reposará sobre él el Espíritu de Yahvé” y esta presencia del Espíritu es una fuerza creativa, iluminadora, impulsora y decisiva. La obra de Dios en él se explica mediante tres parejas de sustantivos: sabiduría-entendimiento; consejo-fortaleza; conocimiento –temor del Señor.

La primera pareja se refiere a la capacidad de guiar al pueblo son un juicio recto lo que implica una sabiduría o conocimiento profundo inspirado de o alto. El mejor ejemplo lo tenemos en el Rey Salomón.

La segunda pareja, consejo-fortaleza, implica los dones del gobierno práctico. En la paz la aplicación de las reglas justas por el consejo como Salomón en el juicio de las mujeres que se disputaban el mismo niño (1Re 3,16-27) y en la guerra la fortaleza como la de David luchando contra Goliat.

La tercera dupla, conocimiento-temor del Señor, son dones de religiosidad. El rey será un hombre profundamente religioso. Podemos citar sobre todo al rey Josías del que se dice que no hubo otro que estuviera tan orientado a Yahvé con todo su corazón, con toda su alma y fuerzas (2Re 23,25).

¿Por qué son siete? Porque en la traducción griega de la Biblia de dos siglos antes de Cristo que es la que se usó para la versión latina el temor del Señor se desdobra en el don de piedad.

Tenemos entonces: dones de conocimiento, dones de gobierno y dones de religiosidad.

Después de la enumeración de los dones encontramos una nueva proposición de estas características en las que se juega libremente con las cualidades del rey describiendo la figura del Rey ideal en el que es Dios mismo el que actúa. [Un rey que se deja invadir totalmente por Dios en el que todo es dinamismo de lo alto y viene del Espíritu del Señor. Los versículos 6-9 nos describen los efectos de esta invasión divina, la paz de la naturaleza, la armonía recuperada del cosmos, el gozo del paraíso la confianza entre los seres que pueblan la tierra.

¿Quién es el rey mesiánico?

El rey es Jesús en quién reposa el Espíritu del Señor como lo dice Juan 1,33 :”Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo”.

Es en Jesús en quien se unifican todas las capacidades de conocimiento, gobierno y religiosidad para formar la figura perfecta del ser humano. Él mismo dirá: “El Espíritu del Señor está sobre mí” a comenzar su misión (Lc 4,17).

En segundo lugar este rey son todos aquellos que permanecen en Jesús, y están llamados por Él a la plenitud del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el que nos hace ser y vivir como Jesús. Hace en nosotros a Jesús y nos colma con sus dones, nos hace hijos como Jesús, nos hace Iglesia, cuerpo de Jesús.

Este Espíritu se derrama en María “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1,35) y sobre cada cristiano: “El Espíritu de Dios habita en ustedes” (Rm 8,9). La plenitud que describe Isaías es para cada uno de nosotros.

Por lo tanto el cristiano que se deja guiar por el Espíritu es como un barco que navega con las velas desplegadas con el viento en popa; el que se deja guiar solamente por las virtudes es como una barca que avanza sólo con la fuerza de los remos, más lentamente y con mucho mayor esfuerzo y ruido.

El Espíritu es que nos hace caminar ligeros en la marcha de la santidad, con agilidad, entusiasmo, alegría. Esta es la belleza de una vida cristiana auténtica, atractiva y fascinante.

En el 3

bautismo fuimos constituidos reyes para encarnar en nosotros, por el Espíritu, los dones del rey mesiánico.

Los dones

La teoría teológica de los dones parte de San Ambrosio y es elaborada más tarde por Santo Tomás que los relaciona con las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

Él relaciona los dones de entendimiento, ciencia y consejo con la fe; los de fortaleza y temor de Dios con la esperanza; y la piedad y la sabiduría con la caridad.

Lo que quiere demostrar es que el cristiano cuando llega a su plenitud está impregnado de sabiduría, inteligencia, devoción, espíritu de oración, fortaleza, penetración del misterio y gozo de lo alto.

Los dones son, por lo tanto, disposiciones que nos permiten ponernos con facilidad bajo la guía del Espíritu, para vitalizar tanto las virtudes de fe, esperanza y caridad como las virtudes morales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Es Dios el que actúa en nosotros la santidad, el que nos santifica por medio de su Espíritu que sopla donde quiere.

Por lo tanto la virtud básica del cristiano es la docilidad al Espíritu Santo. Estos dones son la anticipación de la Jerusalén celestial, los cielos nuevos y la tierra nueva, el gozo de la vida eterna en la que Él tomará plena posesión de nuestra existencia. Los dones anticipan el paraíso y son el comienzo de la plenitud de vida que hay en nosotros.

¡OH PRIMAVERA HERMOSA...!

Oh primavera hermosa, Oh don florido
 Oh fuente de vergeles y ternura
 Oh manantial de fuego y de frescura
 Oh fuente que en el pecho eres gemido.
 Oh soplo que, interior, te haces camino
 Oh mensajero, Oh luz, Oh compañero
 Prisionero del alma y carcelero
 Amor que determinas mi destino.
 Oh brasa que en el fondo de mi pecho
 Quemas hiriendo el alma desangrando
 Ígnea presencia que vas enamorando
 Cada segundo el tiempo que has deshecho.
 Pálpito inquieto del eterno fuego
 en que quema el Amor que se hace entrega
 Tú eres paraíso y primavera
 en el Amor divino al que me entrego.
 Toma mi ser, invade, quiebra y hiere
 Sopla en mi alma, Oh fuego y torbellino
 Llena mis velas, muéstrame el camino
 Sumérgeme en la vida que no muere.

La virtud de la piedad

La palabra piedad puede tener diversos significados: como sinónimo de devoción, religiosidad, entrega a las cosas del culto de Dios, lo que nos lleva a hablar de personas piadosas o devotas; puede ser sinónimo de compasión o misericordia o puede designar una virtud derivada de la justicia que tiene una relación especial con el don correspondiente del Espíritu Santo.

Se puede definir como un hábito sobrenatural que nos inclina a tributar a los padres, a la patria y a todos los que se relacionan con ellos el honor y el servicio debidos.

Tienen relación con ella el espíritu filial, el patriotismo bien entendido y el sentido de fraternidad que se deriva del descubrimiento del Padre común.

El don de piedad puede definirse como “un hábito sobrenatural infundido con la gracia santificante para excitar en la voluntad, por instinto del Espíritu Santo , un **afecto filial hacia Dios** considerado como Padre y un sentimiento de **fraternidad universal para con todos los hombres** en cuanto hermanos nuestros e hijos del mismo Padre, que está en los cielos.

El don de piedad es absolutamente necesario para perfeccionar hasta el heroísmo las virtudes de la justicia, la religión y la piedad.

Es muy distinto rendir culto a Dios únicamente como creador y sueño soberano de todo lo que existe que descubrirlo como Padre amoroso que nos ama con una ternura infinita. Las cosas del culto de Dios (culto, oración, sacrificio) se cumplen casi sin esfuerzo, con delicadeza y perfección amorosa, se trata del servicio a un Padre. En el trato con los hombres surge un sentimiento de fraternidad descubriéndonos hijos de un mismo Padre superando las exigencias de la caridad y la justicia. También con respecto a las cosas materiales todo cambia y, como San Francisco de Asís podemos llamar a las cosas hermanas, hermano el lobo e incluso a la misma muerte. Se descubre el sentido religioso que late en todas las cosas y el mundo como casa del Padre. La ecología no es solamente la racionalidad de la explotación de la tierra sino el descubrimiento de la creación hermana.

El maravilloso Canto de las criaturas de San Francisco lo expresa así:

ALTÍSIMO, OMNIPOTENTE Y BUEN SEÑOR, a Ti loor y gloria, honor y toda bendición: a Ti solo, Altísimo, Te convienen, y ningún hombre es digno de nombrarte.

¡Alabado sea, mi Señor, en todas las criaturas tuyas, especialmente el señor hermano Sol, por quien nos das el día y nos alumbras, y es bello y radiante con grande esplendor: de Ti, Altísimo, es significación!:

¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana Luna y las Estrellas: en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas! ¡Alabado seas, mi Señor, por el hermano Viento, por el Aire y la Nube, por el Cielo sereno y todo Tiempo: por ellos a tus criaturas das sustento!

Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua, la cual es muy útil y humilde, preciosa y casta!

¡Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego: por él nos alumbras la noche, y es bello y alegre, vigoroso y fuerte!

¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre Tierra, que nos mantiene y sustenta, y produce los variados frutos con las flores coloridas y las hierbas!

¡Alabado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor, y soportan enfermedad, tribulación: bienaventurados quienes las soporten en paz, porque de Ti, Altísimo, coronados serán

¡Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte corporal de quien ningún hombre viviente puede escapar! ¡Ay de aquéllos que mueran en pecado mortal! ¡Bienaventurados los que encuentre cumpliendo tu muy santa voluntad: pues la muerte segunda no les podrá hacer mal!

¡Alabad y bendecid a mi Señor y gracias dad, y servidle con grande humildad!

El Espíritu de Piedad

Dijimos ya en nuestro artículo anterior que la palabra “don” se refiere más bien al don del mismo Espíritu Santo mientras que en el texto del profeta Isaías cap. 11 se habla más bien de espíritus: “espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de Temor del Señor...”

Este espíritu aparece por primera vez en la presentación pública de Jesús en el texto del bautismo del Señor: “Sucedió que, cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi hijo predilecto; en ti me he complacido”. (Lc 3,21-22).

Este pasaje marca la inauguración del ministerio profético de Jesús de modo semejante al de los profetas como Isaías que ve al Señor sentado en un trono elevado (6,1s), Jeremías que ve una rama de almendro (1,11ss), Ezequiel que ve la carroza del Señor (1,4ss), o las visiones del Apocalipsis (1,9ss). En este caso se abre el cielo, hay una visión y se oye una voz.

Sin embargo hay una diferencia fundamental, en Jesús la vocación ya viene desde su nacimiento, está predeterminada desde siempre, este no es el inicio real de su ministerio profético sino **su manifestación pública**.

Es la primera entronización de Jesús como Mesías a la que seguirán otras: el relato de la transfiguración, la pasión y crucifixión, la resurrección gloriosa.

En Lucas tenemos la primera manifestación privada en Belén, con el canto de los ángeles.

Lo que se revela particularmente en esta ocasión es **el Espíritu de piedad de Jesús**.

1. El pueblo se hacía bautizar. El gesto era claro. Todos entendían la necesidad de penitencia y limpieza para renacer a una vida nueva; acudían a la invitación de Juan con el fin de prepararse para el juicio inminente.
2. Jesús también se bautiza. él también quiere ser bautizado. Se dejó entusiasmar por la predicación de Juan, por este movimiento de predicación de penitencia, se dejó envolver y sumergir en el agua con el deseo de expresar su participación en el ansia de purificación de su pueblo.
3. Se encuentra en oración. Lucas es el evangelista del Jesús orante. Lo presenta como un hombre de oración y la gente lo ve. Podemos imaginarnos la intensidad de su recogimiento, la profundidad de su oración y su contemplación.
4. Sobre él desciende el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma. La paloma no es un ave que vuela mucho, más bien se posa. Nos indica que esta es una venida con permanencia del Espíritu.
5. Viene una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo predilecto, en Ti me he complacido”. y hace tres afirmaciones: “Tú eres mi hijo”, reveladora de Jesús. Sólo podemos decir padre si alguien nos ha llamado hijos, este es el espíritu de piedad filial de Jesús palabra sacada del salmo 2 a la que se responde con el salmo 89 ¡Tú eres mi Padre!. La segunda afirmación es que es el predilecto, lo que nos remonta al Génesis, a la relación entre

Abraham e Isaac, recuerda la unicidad del hijo. “En ti me he complacido: es la referencia bíblica a Isaías 42 el Siervo de Yahvé a quien él sostiene.

Hay que señalar que es justamente en este acto de profunda humillación de Jesús que el Padre se complace en él, es un acto de penitencia, Jesús está en un estado de humillación y oración intensa y el Padre lo proclama Hijo suyo. Podemos decir que **Lucas nos presenta a un Jesús que vive desde el principio la plenitud de siervo del Señor, del rey mesiánico, del hijo único, del orante.**

¿Qué es el don de piedad?

Podemos decir que es el sentimiento profundo de ser hijos, el gusto íntimo del que llama a Dios “Padre”. La piedad está en la base de toda devoción auténtica, de toda espiritualidad, de toda oración cristiana.

Para comprender más plenamente este don podemos citar el ejemplo de Santa Teresita del Niño Jesús. Cuando narra la peregrinación que hizo a Italia a los 14 años nos relata:

“En Florencia tuve la dicha de contemplar a Santa Magdalena de Pazzi, colocada en el centro del coro en la iglesia de las carmelitas, que nos abrieron la reja principal. Como no sabíamos que íbamos a disfrutar de tal privilegio, y siendo muchas las personas que deseaban pasar sus rosarios por el sepulcro de la Santa, yo fui la única que logré meter mi mano entre la reja que lo protegía, y así todos me traían sus rosarios y yo me sentía muy orgullosa de mi oficio... Siempre **tenía que encontrar la forma de tocarlo todo**. Así en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén (Roma) pudimos venerar varios fragmentos de la verdadera cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos, cerrado todo ello en un magnífico relicario de oro labrado, pero sin cristal; así que, al venerar la sagrada reliquia, encontré la forma de pasar mi dedo meñique por una de las aberturas del relicario y pude tocar el clavo que bañó la sangre de Jesús. La verdad es que era demasiado atrevida... Por suerte, Dios, que conoce el fondo de los corazones, sabe que mi intención era pura y que por nada del mundo habría querido desagradarle. **Me portaba con Él como una niña** que piensa que todo le está permitido y **considera como suyos los tesoros de su Padre**”.

En el manuscrito autobiográfico B nos habla del abandono del niño que se duerme en brazos de su Padre. Esta entrega confiada y total supera la angustia, el miedo, las preocupaciones : es la piedad de quien responde: “Tú eres mi Padre” a quien le dice “tú eres mi hijo”.

En una de sus composiciones poéticas titulada “el cielo es mío” en medio de una dura prueba interior y ya muy enferma expresa:

“Mi cielo está en sentir dentro de mí la semejanza con el Dios que me creó con su sople poderoso; mi cielo está en estar siempre delante de Él, **está en llamarlo Padre, en ser criatura suya**; entre los brazos divinos no temo la tempestad, y mi única ley es el abandono total. Descansar en su Corazón, bajo su santa Faz, ¡Esto es mi cielo!”.

Podemos citar también el caso de otro beato: Dom Columba Marmión, célebre abad de Maredsous, que poseía este don en alto grado. Para él Dios es ante todo nuestro Padre. El monasterio es la “casa del Padre” y sus moradores forman la familia de Dios. Lo mismo se puede decir del mundo entero y de todos los hombres. Insiste en sus obras en la necesidad de cultivar el espíritu de adopción, que debe ser la actitud fundamental del cristiano frente a Dios. Pedía mentalmente este espíritu al inclinarse en al Gloria al Padre... al final de cada salmo del oficio. En la obra Jesucristo en sus misterios dice: “Así, pues, no olvidemos jamás que toda la vida cristiana, como toda la santidad, se reduce a **ser por gracia lo que**

Jesús es por naturaleza: Hijo de Dios. De ahí la sublimidad de nuestra religión. La fuente de todas las preeminencias de Jesús, del valor de todos sus estados, de la fecundidad de todos sus misterios, está en su generación divina y en su calidad de Hijo de Dios. Por eso, el santo más encumbrado en el cielo será el que en este mundo fuere mejor hijo de Dios, el que mejor **hiciera fructificar la gracia de su adopción sobrenatural en Jesucristo.**”

Este sentimiento profundo de la paternidad de Dios es lo que llevo a San Francisco de Asís a componer este hermoso comentario al Padrenuestro:

“¡Santísimo **PADRE NUESTRO**: creador, redentor, consolador y salvador nuestro! **QUE ESTÁS EN LOS CIELOS**: en los ángeles y en los santos; iluminándolos para conocer, porque tú, Señor, eres la luz; inflamándolos para amar, porque tú, Señor, eres el amor; habitando en ellos y colmándolos para gozar, porque tú, Señor, eres el bien sumo, eterno, de quien todo bien procede, sin quien no hay bien alguno. **SANTIFICADO SEA TU NOMBRE**: clarificada sea en nosotros tu noticia, para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largura de tus promesas, la altura de la majestad y la hondura de los 4 juicios (Ef 3,18). **VENGA A NOSOTROS TU REINO**: para que reines tú en nosotros por la gracia y nos hagas llegar a tu reino, donde se halla la visión manifiesta de ti, el perfecto amor a ti, tu dichosa compañía, la fruición de ti por siempre. **HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, TAMBIÉN EN LA TIERRA**: para que te amemos con todo el corazón (cf. Lc 10,27), pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas, empleando todas nuestras energías y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio, no de otra cosa, sino del amor a ti; y para que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, atrayendo a todos, según podamos, a tu amor, alegrándonos de los bienes ajenos como de los nuestros y compadeciéndolos en los males y no ofendiendo a nadie (cf. 2 Cor 6,3). **EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA**: tu amado Hijo. nuestro Señor Jesucristo, **DÁNOSLE HOY**: para que recordemos, comprendamos y veneremos el amor que nos tuvo y cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció. **Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS**: por tu inefable misericordia, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen y de todos tus elegidos. Así **COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES**: y lo que no perdonamos plenamente, haz tú, Señor, que plenamente lo perdonemos, para que por ti amemos de verdad a los enemigos y en favor de ellos intercedamos devotamente ante ti, no devolviendo a nadie mal por mal (cf. ITes 5,15), y para que procuremos ser en ti útiles en todo. **Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN**: oculta o manifiesta, imprevista o insistente. **MAS LÍBRANOS DEL MAL**: pasado, presente y futuro. Gloria al Padre..”

Espíritu de Piedad

“El don de piedad inclinaba suavemente el ánimo de San Francisco al servicio de Dios, a la confianza filial en la Virgen, a la devoción a los Ángeles y Santos, al propio tiempo que le hacía sentir la fraternidad universal con todos los hijos de Dios y hasta con los irracionales: el hermano sol, la hermana agua, el hermano lobo.
(Fr Joaquín Sanchis)

Partiendo de la Suma de Santo Tomás podemos decir que: La piedad nos mueve, bajo la moción del Espíritu Santo, a prestar culto a Dios como Padre y es un don del Espíritu Santo”. Por lo tanto podemos decir que sentir viva y profundamente la paternidad de Dios es un don. Esto no significa sentirla sensiblemente ya que es compatible con la aridez espiritual y el sufrimiento interior.

Dice el padre Balletero: cuando el Espíritu Santo ora desde el fondo de nuestros corazones, y en él nos hace invocar: ¡Abba, Padre!, nos permite vivir la enseñanza de Jesús, que exhortó a sus discípulos a orar a Dios con este único título: “Padre Nuestro” (Mt 6,9); por lo tanto el don del Espíritu por excelencia es la piedad filial. Por el don de la piedad queda especialmente iluminado el misterio de la paternidad y correlativamente, el de la filiación, que existe entre el cristiano y Dios, hasta convertirse en una divina certeza, por la que el alma es llevada espontáneamente a pensar en Dios como Padre, a sentirlo y amarlo como Padre.

Bajo la influencia del don de piedad, invade al alma en sus relaciones con Dios un sentimiento de cariño afectuoso y simple: es la ternura, la conmoción del niño abrazado a su padre. El don de piedad nos hace capaces del cariño propio de un niño.

En la vida espiritual, cuando más se avanza en el camino, tanto más se advierte la necesidad de la paternidad de Dios, y tanta más confianza se pone en Él. A medida que el hombre se va haciendo viejo el cristiano no se cansa nunca de sentirse hijo del Padre del cielo y sabe sacar fuerza, coraje y gozo interior de su compromiso de vivir y actuar como hijo.

Sigue el padre Balletero: “Cuando el alma está penetrada del sentido de la paternidad de Dios, del espíritu filial, surge espontáneamente en ella otra necesidad: la de tratar a los demás como hermanos y hermanas. Es el espíritu de fraternidad, de hermandad. Dice santo Tomás: ‘El don de piedad presta culto y honor no sólo a Dios, sino a todos los hombres en cuando que pertenecen a Dios’, en cuando que son hijos de un mismo Padre”.

Por lo tanto la piedad mueve a dar y darse a los demás, es alegría de consolar, de comprender, de compadecer.

Todos tenemos, en mayor o menor medida este don que hemos recibido en la confirmación, sacramento del Espíritu Santo.

Efectos del don de piedad

Los principales efectos en el alma de la actuación intensa del don de piedad son:

1- Pone en el alma una ternura verdaderamente filial hacia nuestro Padre amoroso, que está en los cielos.

Como dice San Pablo: porque no han recibido el espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes bien han recibido el espíritu de filiación adoptiva, por el que clamamos: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Rm 8,15-16).

La plegaria predilecta de estas almas es el Padrenuestro. El que cultiva este don encuentra en esta oración una dulzura y devoción especial. Santa Teresita nos dice que el Padrenuestro y el Avemaría son las únicas oraciones que la elevan, las que nutren su alma de lo divino.

2- Nos hace adorar al misterio inefable de la paternidad divina intratrinitaria.

El don de piedad, desarrollado nos hace penetrar en la vida íntima de Dios, dándonos un sentimiento vivo, transido de respeto y adoración, de la divina paternidad del Padre con respecto al Verbo Eterno. Ya no se trata de su paternidad espiritual hacia nosotros por la gracia sino de su divina paternidad eternamente fecunda. El alma se complace con dulzura en el misterio de la generación eterna del Verbo. Ante esto, el alma siente necesidad de anonadarse, de callar y de amar, sin más lenguaje que el de la adoración y el de las lágrimas. Gusta repetir en lo profundo de su espíritu la expresión del gloria de la misa: Te damos gracias por tu inmensa gloria. Es el culto de adoración de la Majestad Divina por sí misma, sin ninguna relación con los beneficios que de ella hayamos podido recibir. Es el don particular de Santa Isabel de la Trinidad.

3- Pone en el alma un abandono filial en los brazos del Padre Celestial.

Transida de un vivo sentimiento de filiación adoptiva el alma se abandona con tranquilidad y confianza en los brazos de su Padre celestial. Nada es capaz de alterar su paz inquebrantable: no pide nada ni rechaza nada lo único que desea es glorificar a Dios con todas sus fuerzas y que todos los hombres reconozcan su filiación adoptiva y se comporten como verdaderos hijos de Dios. “Nada de métodos rígidos ni de fórmulas complicadas que pudieran paralizar los impulsos de su corazón filial. Corre a Dios como un hijo hacia su padre” (Philipon).

ORACIÓN DE ENTREGA A DIOS

Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas.

No deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo.

Y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque Tú eres mi Padre.

Charles de Foucauld

4- Nos hace ver en el prójimo a un hijo de Dios y hermano de Jesucristo.

Es un descubrimiento que se deriva naturalmente del de la Paternidad divina pero vivido con una fuerza particular. Es el sentimiento que desborda el alma de san Pablo cuando escribe a los filipenses: “Así, que, hermanos míos amadísimos y muy deseados, mi alegría y

mi corona, perseveren firmes en el Señor”. Llena de estos sentimientos surgen las obras de misericordia hacia los necesitados. Los sacrificios al servicio del prójimo le parecen poco incluso con respecto a los ingratos. En cada uno de ellos ve a Cristo y hace por él lo que Cristo haría. Todo lo que hace por el prójimo lo hace pensando en el Padre común transformando el servicio en un acto sublime de religión. Incluso el amor a los familiares está impregnado de esta visión sublime. Hace a san Pablo afligirse con los afligidos, llorar con los que lloran, reír con los que ríen, soportar las flaquezas y miserias del prójimo, haciéndose todo a todos para salvarlos a todos (1 Cor 9,19-22).

5- Nos mueve al amor y devoción a las personas y cosas que participan de algún modo de la paternidad de dios o de la fraternidad cristiana.

Por este don se perfecciona el amor a la Virgen, y ama con ternura a los ángeles y a los santos considerados como hermanos mayores que ya gozan de la presencia del Padre; a las almas del purgatorio, consideradas como hermanos que sufren a los que ayuda con sufragios y oraciones frecuentes; al Papa, el Dulce Cristo en la tierra, como le gustaba llamarlo a Santa Catalina de Siena, cabeza visible de la Iglesia y padre de toda la cristiandad; a la patria que quisiera ver impregnada del espíritu de Jesucristo en sus leyes y costumbres por la que se dejaría quemar viva como santa Juana de Arco; a la Sagrada Escritura, que lee con devoción, amor y respeto, como una carta de su Padre enviada desde el cielo; a las cosas santas, sobre todo las que pertenecen al culto y servicio de Dios (vasos sagrados, el templo, etc) viendo en ellos los elementos que glorifican al Padre. A santa Teresita le encantaba su servicio de sacristana que le permitía tocar los vasos sagrados y san Francisco encomendaba a sus frailes un cuidado especial por los objetos sagrados de la liturgia.

La impiedad

Lo contrario a la piedad parece ser la impiedad. El término impío, lo refiere la Escritura a quien no reconoce a Dios como Padre y no tiene, por lo tanto, el sentido de filiación ni sabe reconocer a los demás como hermanos, a lo sumo podrá tener un sentido de solidaridad. Sin embargo la tradición espiritual considera sobre todo su consecuencia, subrayada y condenada por Jesús en el Evangelio: **la dureza de corazón.**

Dice el padre Lallemand: “El vicio opuesto al don de piedad es la dureza de corazón, que nace del amor desordenado de nosotros mismos: porque este amor hace que naturalmente no seamos sensibles más que a nuestros propios intereses y que nada nos afecte sino lo que se relaciona con nosotros; que veamos las ofensas de Dios sin lágrimas y las miserias del prójimo sin compasión; que no queramos incomodarnos en nada para ayudar a los otros; que no podamos soportar sus defectos; que arremetamos contra ellos por cualquier bagatela y que conservemos hacia ellos en nuestro corazón sentimientos de amargura y de venganza, de odio y antipatía. Al contrario, cuanto más caridad o amor de Dios tiene un alma, más sensible es a los intereses de Dios y del prójimo.

Esta dureza es extrema en los grandes del mundo, en los ricos y avaros, en las personas sensuales y en los que no ablandan su corazón por los ejercicios de piedad y por el uso de las cosas espirituales. Se encuentra también con frecuencia en los sabios que no juntan la devoción con la ciencia y que para lisonjearse de este defecto lo llaman solidez de espíritu; pero los verdaderos sabios han sido los más piadosos, como san Agustín, un Santo Tomás, un San Buenaventura, un San Bernardo, y en la Compañía, Laínez, Suárez, Belarmino, Lesio.

Un alma que no puede llorar sus pecados al menos con las lágrimas del corazón, tiene mucho de impiedad o de impureza o de ambas cosas a la vez, como sucede de ordinario a los que tienen el corazón endurecido.

Es una gran desgracia cuando se estiman más en la religión los talentos naturales y adquiridos que la piedad. Veréis con frecuencia religiosos, y tal vez superiores, que dirán en voz alta que hacen mucho más caso de un espíritu capaz de atender muchos negocios que de todas esas pequeñas devociones, que son, dicen, buenas para las mujeres, pero impropias de un espíritu sólido, llamando solidez de espíritu a esta dureza de corazón, tan opuesta al espíritu de piedad. Deberían pensar estos tales, que la devoción es un acto de religión, o un fruto de la religión y de la caridad, y que, por consiguiente, es preferible a todas las virtudes morales, ya que la religión sigue inmediatamente en orden de dignidad a las virtudes teologales.

Cuando un padre grave y respetable por su edad o por los cargos que ha desempeñado en la religión testifica delante de los jóvenes religiosos que estima los grandes talentos y los empleos brillantes, o que prefiere a los que sobresalen por su ciencia o ingenio más que los que no tienen tanto de estas cosas aunque tengan más virtud y piedad, hace un grandísimo daño a esta pobre juventud. Es un veneno que se les inocular en el corazón, y del que acaso no curarán jamás. Una palabra que se dice confidencialmente a otro es capaz de trastornarle completamente”.

¿Cómo cultivar el don de piedad?

Podemos cultivar especialmente el don de piedad meditando el Padrenuestro y el Sermón de la Montaña (Mt 5,7)

Cultivando la idea fija de que estamos en la casa de nuestro Padre. Todo es nuestro: alegría y responsabilidad.

Cultivar el espíritu de hijos adoptivos de Dios

Hacernos niños, en humildad, sencillez, abandono.

Orar en todas las formas fomentando especialmente la oración afectiva.

Obrar por complacer al Padre amorosísimo.

Repetir a nuestro Padre un Sí lleno de confianza.

Entregarnos a Dios en las dificultades.

Devoción filial a María.

Cultivar la fraternidad universal. (Gal 3,28,28).

Sensibilidad ante el dolor ajeno.

Alejandro Ferreirós